

EL OCCIDENTE.

DIARIO POLITICO.

AÑO II.—NUM. 408.

PUNTOS DE SUSCRIPCION. Administración, Carmen, 60.—Librería de Lopez, Carmen.—Cuesta, Mayor, 11.—Bailly-Balliere, Principe.—Oliveros, Concepción.—Duran, Puerta del Sol, 2.—Madrid, un mes, 10 rs.; tres meses, 25.

Miércoles 7 de mayo de 1856.

PROVINCIA. En las principales librerías y por libranza franca al administrador del periódico, un mes 16 rs., tres meses, 46.—ESTRANJERO. Un trimestre, 90.—En París, en casa de los señores Saavedra y Llibreiros, rue de Hanovre, 15, y librería Española, rue de Provence.

EDICION DE LA MAÑANA.

MADRID 7 DE MAYO.

La prensa progresista debe de estar profundamente disgustada por el espectáculo que presenta la situación del país.

Esos periódicos habían anunciado que la dominación de su partido sería fecunda en bienes de toda clase; y su partido no realiza nada que no sea funesto y lamentable.

Ellos habían prometido que la nueva Constitución iba a labrar la ventura de los españoles; y por ninguna parte aparecen ni la ventura ni aun la Constitución.

Ellos habían profetizado economías; y las economías han sido negativas.

Ellos se ocupaban en negar que en España se siente hoy falta de tranquilidad y de orden público, mientras en Valencia estallaba un escandaloso motin.

Ellos afectaban reírse de las voces de alarma que la prensa moderada daba, diciendo al gobierno vigilancia y energía; ellos aseguraban que los desórdenes actuales no son sino escosos de ninguna gravedad e importancia, al mismo tiempo que el gobierno los creía suficientemente graves e importantes para deber mandar a sofocarlos a un ministro de la Corona.

Ellos se empeñaban en probarnos que exagerábamos las circunstancias del motin de Valencia, al mismo tiempo que los diputados a Cortes de aquella provincia declaraban ante el país que el motin ha sido mucho mas grave de lo que todos hemos dicho.

Ellos querían persuadirnos de que la situación marcha a las mil maravillas, apoyada sobre la mutua confianza del gobierno en el país, y del país en el gobierno; al mismo tiempo que el ministerio aseguraba a las Cortes que cada día que pasa sin que el orden público sea perturbado, es un triunfo notable.

Ellos empezaban a recrearse con la idea de que, concluido por cansancio, ó por consunción de Valencia, no había por el momento ninguna conmoción grave en toda la península, cuando las noticias de Barcelona presentan como muy alarmante el estado de la capital del Principado.

Ellos, que atribuyeron ligeramente del modo mas esplicito los desórdenes de Valencia al partido moderado, han tenido que ceder ante la evidencia de los hechos, y que cantar la mas solenne palinodia para dar el mérito de aquella locura a quienes realmente pertencece.

Ellos estaban asegurando que la desamortización era popular en las Provincias Vascongadas, al mismo tiempo que se hacia público un grave y delicado conflicto entre las autoridades del gobierno, y las autoridades populares de Vizcaya.

Ellos estaban decantando la confianza y el crédito que el gobierno progresista inspira a los capitalistas, cuando el suicidio del Sr. Recurt, y las confesiones del famoso general Madoz, han demostrado que la desconfianza de los hombres de negocios, respecto del gobierno, llega a un extremo indecible.

Ellos daban por segura la conversión de la deuda flotante en deuda consolidada al tipo de 50 por 100, y un movimiento significativo de la bolsa, al simple anuncio de la operacion, les ha advertido que el ministerio no podrá realizarla, a no ser que se conforme con hacerla de un modo ruinoso.

Ellos estaban todavía aturdiéndose los oídos con el hecho (que sin duda los habia sorprendido) de que la revista del 20 de abril no habia sido ocasion ó pretexto de escosos de ninguna clase, cuando el lamentable acontecimiento del día 2 de mayo ha venido a probar cuán fácil es que ciertas funciones lleven el luto a las familias.

Ellos repetían cada día que el gobierno francés se hallaba embelesado en la contemplación

de las magnificencias del nuestro, y se complacían en afirmar, con poco respeto seguramente de lo que al decoro nacional conviene, que las simpatías personales del Emperador de los franceses hacia el general Espartero eran una de las mas poderosas causas que le han movido a prestar sus recientes servicios a España, cuando sucesos de significacion bien trasparente han venido a destruir todas sus ilusiones en este punto.

Ellos casi se atrevían a decir que el estado actual de nuestra política causa la envidia del resto de la Europa, cuando de improviso los hombres políticos de Europa se han puesto a discutir acerca de la necesidad de intervenir en España para sacarla de la anarquía, en que gime.

Ellos no dicen nada que no sea totalmente desmentido por los hechos; no se forman una ilusión, que dure tres mañanas; no anuncian nada, que se realice.

Ellos mismos no se atreven ya con la árdua tarea de defender lo que en España está pasando. Un periódico progresista ha dirigido contra las Cortes, en la cuestion de la firma obligatoria de los artículos de los periódicos, las palabras mas amargas que en este asunto se han pronunciado. Otro no se ha atrevido a admitir unos párrafos en defensa del Sr. Lurán, y de los desaciertos que cometió en la subasta del ferro-carril de Jerez, sino insertándolos en sus columnas en la forma de comunicado ó remitido. Solo el periódico ministerial se muestra mas constante en publicar defensas de los actos del gobierno; pero a lo mejor se ve obligado a buscar explicaciones y escusas de lo que ha dicho, como aquella de las erratas, que ya conocen nuestros lectores.

Ayer a primera hora se dió cuenta en las Cortes de un proyecto de ley autorizando al gobierno para hacer la concesion de un ramal de ferro-carril que partiendo de las cuencas carboníferas de Belmes y Espiel empalme en la linea de Córdoba a Sevilla. Ligeramente apoyado por el señor García, se promovió un corto debate sobre la trasmitacion que se habia de darle, acordándose que pasase a la comision que entiende en otro proyecto de ley para la construccion del mismo camino. Luego se dió cuenta de otro tercer proyecto autorizando tambien al gobierno para hacer la concesion al Crédito mobiliario de la linea férrea de Burgos a Vitoria.

El Sr. Gil Vicedo se opuso a la ley de este proyecto fundándose en que no se habia seguido todos los trámites reglamentarios, y el señor Collantes sostuvo la conveniencia de no poner entorpecimientos a un asunto tan importante como lo es todo lo que se refiere al ferro-carril de Burgos a Vitoria.

Las Cortes le tomaron en consideracion.

En seguida se aprobó, despues de impugnarle ligeramente el Sr. Alfonso y defenderle el señor Gonzalez de la Vega, el dictamen sobre reeleccion del Sr. Porto que ha obtenido un ascenso en su carrera.

El diputado por Cádiz queda, pues, sujeto a reeleccion.

Puesto a discusion el dictamen sobre el modo de cobrar las contribuciones, se aprobó despues de algunas observaciones del Sr. Sancho sobre las fianzas que se han de exigir a los cobradores.

Segun esta ley la cobranza se hará por recaudadores particulares con las garantías que el gobierno crea necesarias, y los ayuntamientos quedan encargados de ella en los puntos donde no haya recaudadores responsables; a la Hacienda y durante el ejercicio del presupuesto hasta el 1.º de julio de 1857.

Continuando la discusion de las bases de imprenta, obtuvo la palabra el Sr. Martin para combatir la base primera nuevamente redactada.

El Sr. Degollada le secundó en esta tarea. Su

señoría creía que la libertad de imprenta iba a quedar en manos de sus mas terribles enemigos, porque confundiendo el dogma con las doctrinas ultramontanas, llegaría el caso de otra retraccion parecida a la de Galileo, y porque se perseguiría al periódico que cite un texto de la Biblia con objeto de atacar las demasias del clero.

El Sr. Degollada creía que con la base tal como se presentaba se retrocedía lastimosamente, al Sr. Escosura se levantó con muchos bríos a abogar por el dictamen de la comision.

El Sr. Salmeron se quejó amargamente de los ataques que la base recibia ya de esta ya de la otra manera redactada; deploró que unos echasen en cara a la comision que habia redactado, y otros que a pesar de lo terminantemente consignado en el art. 5.º de la Constitución establecía la previa censura.

El Sr. Salmeron hallaba monstruosas contradicciones en la Cámara, y mas que en la Cámara en general en el Sr. ministro de la Gobernacion. Estendiéndose luego en consideraciones sobre el sentido de la previa censura, declaró que no hay apelacion en ella, y que no es obra de la comision, sino de la Cámara, que ha significado sus deseos de que se conserve.

Algunas palabras del Sr. Salmeron tocaron en lo vivo al Sr. Escosura, quien estrañó que aquel hubiese llamado reaccionario a los que no profesaban sus doctrinas.

El Sr. Escosura aprovechó en seguida la ocasion para es poner los suyos sobre el libre examen que en su concepto nada tiene que ver con el dogma.

El Sr. Salmeron contestó que al usar la palabra reaccionario aplicada al Sr. Escosura, habia hecho uso de una expresion muy corriente y comun en las actuales Cortes, añadiendo que el señor Escosura no tenia derecho a privarle del que le asista para calificar como mejor le pareciese, no apartándose de lo que prescribe el decoro, las ideas de los demás diputados.

El Sr. Salmeron podia haber dicho al Sr. Escosura que el que se permitió en pleno parlamento calificar de faccioso y otras lindezas del mismo género a un venerable prelado español que en materia de dignidad nada tiene que aprender de S. S. no tenia derecho a mostrarse tan exigente en punto a calificaciones.

Como se deja comprender, este incidente turbó bastante los debates.

La base se aprobó por fin por 140 votos contra 41, en los términos siguientes:

El derecho consignado en el art. 5.º de la Constitución del Estado no se extiende a los actos de la vida privada para cuya publicacion por medio de la imprenta se necesitará la autorizacion de los interesados.

En los escritos que versen sobre el dogma, será requisito indispensable para su impresion la licencia del ordinario.

El Sr. Figueras apoyó luego una enmienda a la base 3.ª, encaminada a dulcificar las penas aplicables a los delitos de imprenta.

El Sr. Figueras predicó en desierto: su enmienda se desechó.

La misma suerte cupo a otra del Sr. Oreuse que tenia por objeto rebajar la cifra morosa de las multas.

Otra que exceptuaba de la fianza a los periódicos de ciencias, artes y literatura, fué mas afortunada pues se tomó en consideracion, con lo que se suspendieron los debates.

Los mismos periódicos de la situacion publican todos los dias amargas censuras al ministerio por su impericia gubernamental y por la inaplicable frecuencia con que prescinde en sus actos mas importantes de las prácticas del sistema constitucional.

entonces se entregaria al prisionero sin suplemento de rescate.

Paréciese razonable, y la lancha partió con el malayo para llevar las dos esclavas, Raimundo permaneció solo y no se dignó pensar siquiera en los piratas, trazó en la arena una letra, la primera del alfabeto como de costumbre; pero reconociendo sin duda la poca oportunidad de aquella inicial, la borró y no pensó en mas que desempeñar hasta el fin su mision y su deber.

Una sola piragua se habia acercado a la isla, y permanecía a la una distancia que no permitia distinguir los tres hombres que la tripulaban. Entre esta piragua y los cinco piratas mediaban comunicaciones por señales. Luego que se hubo dispuesto de el rescate y las dos prisioneras, adelantóse la piragua y dejó en el escollo un prisionero europeo, ó por mejor decir un espectro de rostro lívido que evitaba la conversacion y manifestaba en todo su cuerpo las huellas de una larga y dolorosa cautividad.

El conde Raimundo sintió mucho pesar al ver aquel infortunado compatriota; estrechóle sus manos de esquelazo, y le condujo, ó por mejor decir, le llevó hasta el banco de la lancha.

—Señor conde, le dijo, encontrareis al bordo del Breton todos los cuidados que vuestra situacion reclama.

El prisionero manifestó al principio alguna estrañeza, pero demasiado débil, para pedir una explicacion, respondió con ademanes afectuosos a las benévolas palabras del conde Raimundo.

Toda la tripulacion estaba en el puente para recibir al conde Despremons, al amigo de Surcouf, al prisionero milagrosamente libertado.

Surcouf, de pie en la escala, esperaba a su amigo, aplaudiendo el resultado de la empresa.

Los vicios del poder en esta parte esencial, tocan ya en el último extremo, y ni las escitaciones de la prensa ni las de los diputados que un día y otro le amonestan en nombre del país descontento y lleno de justa desconfianza, sirven para que abandone la tortuosa senda por la que acabará de precipitarse.

Las desastrosas circunstancias de la prolongada horfandad política en que, contra su manifiesto desecho, se mantiene al reino, y las muy agravantes de las discrecionales facultades a que el gabinete no dá siquiera indicios de renunciar favorecen grandemente al arbitrarismo proceder característico de todos los actos de la administración agotada la paciencia pública, y quebrantadas las fuerzas de los pueblos.

Y no es la mas sensible desgracia la de que haya mayor ó menor dureza en estos ó en los otros actos, no: el mal de gravísima consecuencia es la continuidad del capricho personal flexible a las malas pasiones de partido y los hábitos abisivos, y anárquicos que se arraigan de una manera profunda en la trabajada sociedad española.

¿A dónde vamos a parar por tales precipicios? ¿Han hecho y hacen los pueblos lo que todos vemos y admiramos para vivir en la abyecta condicion de no tener leyes políticas, y de estar a merced de la personalidad vana y autojaidiz, y del espíritu de partido atropellador y ciego?

Cansados ya de leer en otra seccion de nuestro periódico las advertencias y reclamaciones que en interés del perjudicado vecindario de la capital dirige siempre en vano al ayuntamiento la prensa, acerca del escandaloso abandono en que se encuentran todos los ramos de policia urbana, vamos a llamar la atencion del señor ministro de la Gobernacion sobre este asunto, que tan humillante idea hace formar de la primera poblacion de España.

Las calles intransitables por su mal empedrado, están infestadas por mimas que trastornan los sentidos, y que imposibilitan el fácil tránsito y envenenan la atmósfera.

Ayer mismo, a las doce de la mañana, las calles de Jacometrezo, Travesía de Moriana y otras inmediatas ofrecían un aspecto horrible y aumentaban las condiciones insalubres que ya muchos puntos de la villa.

Si a esto se une el que no hay calle que no sea plazuela, ni acera que no esté interceptada, ni operacion de que deban practicarse extramuros que no embarace el tránsito, y los demás censurables descuidos que están vejando a todos los vecinos de la capital, creemos que sobran motivos para que el ministerio de la Gobernacion adopte una providencia enérgica y eficaz que haga observar, no solamente las reglas de policia urbana mas triviales, sino las de higiene pública, cuyo olvido causa tan insubsanables perjuicios.

Hemos oido, que a causa del inconveniente retraso en el señalamiento de turno a los fiscales para los periódicos, y con motivo de la última recogida de El Padre Cobos, han surgido entre aquellos empleados dificultades sobre la denuncia, como ya habian surgido en otra ocasion sobre quien sostendría otra del mismo colega tan favorecido por algunos promotores.

Paréceme que el señor gobernador, celoso de los intereses de la prensa, ha ofrecido al ministerio acerca de este descuido, cuya prueba está en la fecha del último turno inserto en la Gaceta de Madrid.

Se lamentan los amigos del ministerio de que reparte gracias y de que no solo procede poco equitativamente en ello, sino que oculta lo que debia publicar.

—Ahí tenéis a nuestro amigo Surcouf, dijo el conde Raimundo, señalando al capitán.

Levantó el prisionero su cabeza, y saludó a Surcouf con la mano, poniendo un pie vacilante en la escala del Breton.

Examinó Surcouf al hombre que subia sostenido por el conde Clavieres, y dando un puntazo en la rampa de la escala, exclamó:

—Los bandidos! Ese no es Despremons!

Todas las bocas repitieron el grito de Surcouf. El prisionero libertado se paró en la escala, y demasiado débil para hablar, hizo una pantomima que significaba: puesto que hay error, haed que me lleven a Timor.

Surcouf habia cometido una falta en su viveza de marino, pero no tardó en repararla.

—Llegad, exclamó estendiendo las dos manos, llegad. Pensabamos libertaros despues del conde. No se puede hacer todo a un tiempo, perdonados. El rescate es caro en el mercado de Timor.

Tranquilizado con la sonrisa y el acento de Surcouf, el pobre libertado subió la escala con el rostro esplendente de alegría como una alma del purgatorio que tocan a las puertas del cielo.

Los marinos del Breton no vieron mas que a un hombre y a un desgraciado compatriota en el prisionero de Timor, y no hubieran acogido mejor al conde Despremons. Se le prodigaron todos los cuidados, con esas palabras del corazón inspiradas por la santa fraternidad del mar.

Únicamente el conde Raimundo permanecía sombrío y no tomaba parte alguna en la fiesta.

—Vamos! le dijo Surcouf riendo, os quedais atrás como un diplomático destituido. Bah! siempre habeis hecho una buena accion. Consolados: la vida de este pobre diablo vale tanto como la de un señor delante de Dios, no es verdad?

Tenemos gran curiosidad de saber que se ha hecho de las solemnes y públicas promesas repetidas a la faz de la nacion de gobernarla con arreglo a la ley.

Paréceme que ayer se ha recibido la confirmacion de que el general presidente del Consejo, se habia sentido indispuerto en Logroño. Por el correo ordinario se sabia ya que al llegar a aquella ciudad, hubo de acostarse defraudando las esperanzas de las personas que esperaban saludarle aquel mismo día. Sin duda por esto no ha avisado ya el telégrafo su llegada a Pamplona del general.

Tratando de un asunto de que ya tienen conocimiento los lectores de El Occidente, escribe El Parlamento:

«La conducta del señor ministro de Marina para con S. A. el infante D. Enrique ha sido desaprobadada, no solo por la generalidad de las personas sensatas, sino tambien muy especialmente por la mayoría de los individuos del cuerpo de la arma la, segun las cartas que hemos recibido de los departamentos.

Bien habríamos dicho algo antes sobre este asunto, a no ser por la abundancia de materiales de actualidad a que constantemente tenemos que dar cabida en las columnas del periódico.

El Sr. Santa Cruz ha dado a entender que el infante D. Enrique ha merecido el puesto que ocupa en la armada solo a las bondades de la Reina: el Sr. Santa Cruz parece como que ha querido rebajar así los actos de un individuo de la familia real que ha manifestado deseos de ser útil a su patria y a su Reina, abrazando la azarosa vida de marino.

Siempre habríamos lamentado semejante conducta en cualquier ministro; pero ¿no ha de ser mucho mas reparable el verla adoptada por el Sr. Santa Cruz?

¿Ha querido S. S. por ventura, analizar sus propios servicios? Pues qué, ¿ignora la historia de su propia carrera? ¿Ha olvidado la celebridad con que ha ascendido? ¿Ha olvidado, si la memoria no nos es infiel, que en 1845 de simple coronel de infantería de marina fué elevado a la categoría de jefe de escuadra? ¿Ha olvidado que nadie ha podido ver el real despacho de nombramiento de brigadier a favor de S. S.? ¿Ha olvidado que, segun se dice, ni este real despacho ni el de jefe de escuadra ha podido presentarse al hacerse la reválida de este último empleo en 1851 con la antigüedad de 1845? ¿Ha olvidado que por este hecho ha conseguido anteponerse a muchas personas de alto grado, y ser teniente 1849 al solicitar la reválida del empleo que le concedió el regente en 1845, solo pidió en su instancia el grado de brigadier, como único que debia haber obtenido? ¿Ha olvidado que pasada esta solicitud a informe del mayor general de la armada, este lo evacuó opinando se desestimase por falta de justificantes? ¿Ha olvidado que el duque de Valencia, fue, sin embargo, tan noble que, escuchado las simpatías de antiguo camarismo que se le recordaron, inclinó el ánimo de S. M. a que lo declarase brigadier pasivo? Y ¿ha olvidado estos antecedentes el periódico ministerial al defender la conducta del Sr. Santa Cruz? ¿Ha olvidado que el Sr. Santa Cruz jamás obtuvo el mando de un buque, de conformidad sin duda con la opinion de sus jefes, mientras que el infante D. Enrique ha mandado un bergantín de veinte cañones?

Con estos antecedentes, que pintan cuanto encierra de legalidad y justicia la situacion actual en todos los ramos de la administración, se comprenderá fácilmente si la conducta del antiguo jefe de tercios navales puede merecer la mas mínima censura.

No aprobamos tampoco el lenguaje de la carta del infante D. Enrique; pero creemos que está justificado por la manera de conducirse que ha tenido para con S. A. el señor ministro de Marina.

Mientras el Sr. Santa Cruz continúa al frente de tan importante departamento, estará el país condenado a ver a nuestra armada en un lamentable abandono, ó a ver surgir conflictos que como el actual y el célebre del Almirantazgo, sean fuente de desprestigio para nuestra valiente y simpática marina de guerra.—Pero, ¿qué importa?

El Sr. Santa Cruz (D. Antonio) es un hombre necesario para la situacion actual. Esta sola ob-

—Si, Surcouf, dijo Raimundo con calma; en cualquier otra ocasion estaria yo tan alegre como todo el mundo; pero hay empeñada una palabra de honor.

—Teneis escríptulos exagerados, mi querido Raimundo; teneis la culpa de que esos malditos piratas os hayan jugado una mala partida?

El conde Raimundo meneó la cabeza y miró hacia Timor.

—Es decir, que ha terminado la expedicion! dijo con la mayor calma.

—Sin duda.

—Y pensais abandonar al conde Despremons?

—No, dijo Surcouf vivamente, no, y tres veces no; pero es preciso esperar los galeones. No llevo a bordo los tesoros de Borneo. Se necesitan onzas españolas, oro en polvos y en barras para libertar al conde Despremons.

—Pues es preciso tomar prestado, dijo el conde Raimundo; yo os ofrezco mi firma.

—Tomar prestado! dijo Surcouf riendo; pues qué pensais que hay prestamistas en la India como en la comedia francesa? Vuestra firma! Por respetable que esta sea, no encontrareis un maravedí por ella.

—Pues entonces es preciso intentar un golpe sobre Borneo.

—Basta de Borneo: Dios me libre de arriesgar la vida de mis valientes en una loca empresa.

—Es decir que la conclusion de esto es que el conde Despremons va a quedar enterrado para siempre en Timor? No es eso Surcouf?

—Excelente Raimundo! dijo Surcouf riendo; se ve que no está enamorado de la hermosa Aurora, cuando desea libertar al conde Despremons a toda costa.

(Se continuará.)

FOLLETIN.

LOS CONDENADOS DE JAVA.

POR MERY.

SEGUNDA PARTE.

(Continuacion.)

Para no irritar a los piratas y hacer degollar a los que se quiere librar, se debe abstenen cuida losamente de toda manifestacion hostil. Los europeos deben tener el valor de desembarcar como amigos en la isla del rescate sin esconder jamas de dos. De este modo se ponen a la merced de los piratas, quienes, con cualquier pretexto pueden quedarse con el rescate y con los prisioneros, y hasta degollar a los parlamentarios.

El conde Raimundo dejó a los dos remeros en el bote y desembarcó en la isla, acompañado de un marinero de Nantes que hablaban bastante bien el malayo y debia servir de intérprete en caso de necesidad.

Poco tiempo despues salieron tres piraguas de una pequeña bahia al oeste de Timor y se dirigieron hacia la roca desierta.

El conde Raimundo estaba sin armas, y esperaba a los piratas de pie en el punto del desembarco.

Cinco malayos casi desnudos y de un aspecto feroz salieron de las piraguas, y el conde les saludó quitándose su sombrero, como lo hubiera hecho delante de una embajada inglesa.

El marinero Nantés, poco tranquilo al ver aquellos rostros de temor estaba para hacerse a nado, cuando

